

Presencia y valores del diminutivo en El ruedo ibérico

Ángela ENA BORDONADA

Valle-Inclán es un escritor que, con una técnica brillante y a través de una intensa experimentación en su propia literatura, ha llegado a conseguir uno de los lenguajes literarios más ricos, personales y renovadores de nuestro siglo. Para demostrar los grandes logros obtenidos por nuestro autor en el plano estilístico y lingüístico, es habitual que nos fijemos en aquellos elementos más brillantes como los diversos recursos esperpentizadores, la rareza, exotismo y colorido de buena parte de su léxico, la belleza plástica de sus imágenes, etc.¹ No obstante, para descubrir en Valle al gran orfebre del lenguaje que es, basta con observar la presencia de elementos aparentemente más modestos como los pertenecientes a un nivel morfosintáctico o los que corresponden a la funcionalidad de la formación de las palabras. En todos los casos hallaremos esa gran coherencia que caracteriza a Valle en las relaciones del escritor con su literatura. Hasta los elementos más puramente lingüísticos se ponen al servicio de su arte y de su voluntad de demiurgo. A través del simple uso del diminutivo —elemento observado en este estudio—, el autor puede embellecer su prosa o acentuar el tono degradante, ridiculizador y grotesco, tan característico de su obra esperpéntica. Por haberme fijado en las novelas de *El ruedo Ibérico*², este último, el grotesco, será el tono más fre-

¹ Véanse algunos de estos rasgos en mi «Sobre la lengua literaria del último Valle-Inclán», en *Valle Inclán. Homenaje del Ateneo de Madrid* (Madrid: Ateneo de Madrid, 1991), pp. 139-174.

² En los pasajes citados a lo largo de este estudio utilizo las siguientes ediciones: *La corte de los milagros* (Madrid, 1927), cito por *Corte*. Cuando debo utilizar el capítulo *Aires nacionales*, añadido a *La corte* en 1931, empleo la edición de Madrid: Júcar, 1976. *Viva mi dueño* (Ma-

cuenta. Pero resultaría falso pensar que sólo vamos a encontrar contenidos despectivos en el uso del diminutivo en estas obras. Valle se mantiene siempre, en este caso, dentro de la norma general del castellano, por lo que encontraremos diversos y variados valores del diminutivo. Como en la lengua común, el significado menos frecuente es el de disminución o aminoración del objeto designado, destacando en Valle otros contenidos aportados por el diminutivo³ que se refieren a la valoración —positiva o negativa— estética o emocional del objeto, distanciamiento afectivo, sustituto en muchas ocasiones de esa corriente de simpatía hacia lo nombrado, tan peculiar del diminutivo en la lengua coloquial. Son valores que, a veces, se ponen al servicio del sarcasmo, la burla y la caricatura, aunque, insisto, no son los únicos: Valle también sabe sacar provecho de esa carga apreciativo-meliorativa que el diminutivo introduce en construcciones de gran belleza formal. Depende, en todo caso, del sufijo correspondiente, del contexto y de su situación en un pasaje descriptivo-narrativo o en un diálogo entre personajes cultos o populares, urbanos o rurales.

Como resumen anticipado del comentario de los distintos sufijos aquí estudiados, adelanto que en el uso del diminutivo en *El ruedo Ibérico* se advierte:

1.º Abundancia y variedad de sufijos diminutivos.

2.º Recuperación de algunas formas que generalmente se mantienen lexicalizadas, habiendo perdido vitalidad en la lengua moderna, a las que Valle ofrece expresividad y capacidad creadora. Ejemplo: sufijos *-ete*, *-in*.

3.º Construcciones de gran originalidad, próximas a la creación personal.

4.º Diversidad de significados aportados por el diminutivo, destacando los valores peyorativos, no sólo cuando se trata de sufijos semánticamente orientados en este sentido, como *-ete*, *-in*, sino, incluso, aquellos que normalmente expresan una afectividad positiva, como *-it*, *-ill* que, en ocasiones, Valle convierte en un instrumento desvalorizador.

Observo —en este orden— las formas *-ill*, *-it*, *-ic*, *-uel*, sufijos que mantienen los valores más propios del diminutivo, seguidos de las formas *-ete*, *-eta*,

drid, 1928), cito por *Viva; Baza de espadas* (Madrid: Espasa Calpe, 1978, 3ª ed.), cito por *Baza; El trueno dorado* (Madrid: Nostromo, 1975), cito por *Trueno*. En las citas aparecen dos cifras en números romanos que se refieren al capítulo y capitulillo, respectivamente.

³ Hay una extensa bibliografía sobre el diminutivo en español, donde se insiste en esta variedad de valores, localizados tanto en la lengua coloquial como en algunas manifestaciones de la lengua literaria. Véase, entre otros, S. Fernández Ramírez: «A propósito de los diminutivos españoles», *Strenae*, XVI (1962), pp. 185-192; Amado Alonso: «Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos», en *Estudios literarios. Temas españoles* (Madrid: Gredos, 1967), pp. 161-189; Félix Monge: «Los diminutivos en español», *Actele celui de al XII Congres International de Lingvistica si Filologie Romanica (Bucarest, 1968)*, pp. 961-972; Emilio Náñez: *El diminutivo* (Madrid: Gredos, 1973); Mervyn F. Lang: *Formación de palabras en español* (Madrid: Cátedra, 1992), pp. 126-148.

-uc, que, siendo reconocidos igualmente como diminutivos, expresan unos matices peyorativos y despectivos más definidos en *El ruedo Ibérico*.

Los sufijos más utilizados en esta trilogía son *-ill-* y *-ete-*, seguidos en frecuencia por *-it-*, *-uel-*, *-ic-*, en la primera serie; y por *-in-*, *-eta-*⁴, *-uc-*, en la segunda.

Finalmente, atiendo a la presencia del diminutivo en los nombres propios, por el interés de algunos resultados y por constituir un rasgo que se repite abundantemente en estas novelas.

Sufijo *-ill-*

Es el diminutivo más utilizado por Valle en *El ruedo* y aparece modificando a sustantivos y, en algunos casos, a adjetivos sustantivados. Por la riqueza y diversidad de significados aportados por este sufijo, establezco los siguientes apartados en su estudio:

a) *-ill en estado de lexicalización*. La tendencia del autor al uso de este formante se pone de manifiesto en el empleo de numerosos vocablos que contienen *-ill-* en estado de lexicalización, con independencia semántica de la base, dando lugar a palabras de significado autónomo⁵. Es el caso de *baratillo*, *hablilla*, *cuadradillo* y *campanilla*, —«gran mesa oficinesca provista de plumas, lacre, *cuadradillos*, raspadores, obleas, *campanilla* de plata» (*Viva*, II, XII, p. 60)—, *merinillo*, *verduguillo* —«Trotaba el asno (...) agujado por el *verduguillo* del compadre» (*Viva*, III, XXI, p. 134)—, *arenilla*, —«Requiere la *arenilla*, vierte el tintero, (...)» (*Viva*, VI, XIV, p. 299)— *carrerilla*, etc.

Muy abundante es la presencia de *-ill-* en palabras que mantienen los distintos valores del diminutivo, pero el frecuente uso que la lengua común hace de ellas permite hablar de una tendencia lexicalizadora, particularmente en algunas zonas españolas como Andalucía, donde este sufijo tiene gran vitalidad. No se trata de formas originales de Valle, como se observa en otros sufijos, pero su abundancia ofrece resultados de gran expresividad plástica, sobre todo cuando, como en todos los ejemplos que siguen, aparecen en pasajes descriptivo-narrativos, careciendo, por lo tanto, de la finalidad de ofrecer un tono ambiental determinado al diálogo: *arquillo*, *cadalsillo*, *campiello*, *candelilla*, *cerrillo*, *dedalillo*, *enagüilla* —«lámparas de petróleo, con *enagüillas* verdes» (*Corte*, VIII, VII, p. 297)— *escalerillas*, *haldilla*, *hojilla*, *monterilla*,

⁴ En el estudio de los distintos sufijos situó *-eta* delante de *-in* y tras *-ete* por su vinculación formal y semántica con este último, aunque los distingo por las diferencias observadas entre ellos.

⁵ Fernando Lázaro Mora: «Los derivados sustantivos con *-ete/-etw*», *BRAE*, LXI, CCXXIV (1981), pp. 480-496, señala el elevado número de lexicalizaciones de sustantivos que contienen *-ill-*, alrededor del millar, localizados en el *DRAE*, frente a la escasez de palabras con *-it-*, *-ic-*.

tejadillo, terradillo, tinajilla, ventanillo, etc. Incluso aparece *-ill-* en algunas palabras cuya base está ya modificada por un sufijo despectivo y, por lo tanto, tiene una orientación semántica no positiva: *camastrillo*⁶.

b) *Valor despectivo*. Es de observar el valor descategorizador despectivo que puede desarrollar el sufijo *-ill-*⁷, que se convierte en un eficaz instrumento esperpentizador, cuando Valle lo introduce en los pasajes descriptivo-narrativos, dentro de un contexto adecuado:

El Señor Cabo de los Civiles era un *arrugadillo* de pellejos autoritarios. (*Viva*, V, XX, p. 229.)

El fámulo de *sotanilla* y vericú, corre el sahumero, inflados los carrillos sobre la chufleta. (*Viva*, VI, XVI, p. 306.)

Este sufijo también aparece en palabras que adquieren un significado burlesco, no por su propio significado, ajeno a ese contenido, sino por la naturaleza del objeto y el tono degradador del contexto en que se encuentra. Las connotaciones afectivo-positivas que contiene la palabra *ricillos* desaparecen, cuando Valle la refiere al cabello del Ministro de Gracia y Justicia, en plena reunión del Consejo de Ministros:

Sus *ricillos* de maniquí, [*sic*] se sublevan al humor chancero del Señor Presidente. (*Viva*, I, XVIII, pp. 31-32.)

El mismo tono despectivo-distanciador se mantiene en abundantes formas, ya lexicalizadas, de contenido semántico negativo:

El Marqués interrogaba con flácidos *pianillos*. (*Corte*, VII, II, p. 254.)

El Reverendo Padre Claret usaba el *tonillo* de los predicadores ramploes. (*Viva*, VIII, IV, p. 368.)

c) *Manifiesta preferencia por -ill-*. Valle muestra una preferencia por *-ill-*, frente a otros sufijos, en determinadas palabras. Así hay una insistente repetición —en pasajes narrativos— de *alumbrillo, espejillo, mulilla, perrillo* —en algún caso aislado usa *perrete-*, *borriquillo* —una variante semántica será *asnete*, pero ya tiene otro lexema—, *mesilla*, siempre con el significado de mesa pequeña:

(...) puesto el tintero de asta en una *mesilla* de naipes. (*Viva*, VI, XVI, p. 306.)

⁶ F. Lázaro Mora: «Compatibilidad entre lexemas nominales y sufijos diminutivos», *Thesaurus*, XXXI (1976), pp. 41-57, cita el caso de *camastrillo* entre los ejemplos de palabras que, aun teniendo unas connotaciones no afectivas, pueden, en ocasiones, construirse con diminutivo.

⁷ Ya trató del valor peyorativo de *-ill-* A. Alonso, pp. 166, y, más recientemente, F. Lázaro Mora: «Derivados sustantivos con *-ete/-eta-*», *op. cit.*, pp. 486-487 y M. F. Lang, p. 142.

El Pollo de los Brillantes y Don Teo ocuparon una *mesilla* de rincónada. (*Baza*, III, VI, p. 60.)

Esta misma tendencia hacia el sufijo *-ill-* se observa en palabras que significan «grupo»⁸ como *cadillo*, *tropilla*, *cortejillo*, *mundillo*, *retablillo*, siempre en pasajes narrativos:

El *cadillo* de chavales pelones jugaba en el polvo. (*Viva*, V, XIII, p. 213)⁹.

La *tropilla* de jinetes (...) subía la cuesta de Jaral Bermejo. (*Corte*, IV, II, p. 134.)

Salieron con el *mundillo* de sus familiares. (*Viva*, IV, III, p. 167.)

Aceza el *cortejillo* de jayanes y mujerucas lloronas (...). (*Corte*, V, XVII, p. 213.)

Un *retablillo* de viejas y mozuelas (...) se encadilló al ruedo del clérigo. (*Viva*, VII, V, p. 323.)

En todos estos casos, los términos *cadillo*, *mundillo*, *cortejillo*, etc. designan a una pluralidad colectiva que muestra la pérdida del valor conceptual del diminutivo —difícilmente entendemos aquí objeto pequeño—, y ponen de manifiesto unos valores expresivos y estético-valorativos que desarrolla este formante, valores muy frecuentes en la obra de Valle, quien, por otra parte, gusta de contrastar palabras modificadas por apreciativos de distinta naturaleza (diminutivos/aumentativos/despectivos) en un mismo contexto. Hay un pasaje muy significativo donde el término *retablillo* aparece junto al término referido, modificado por el sufijo *-ón*:

(...) Se agrupaba en *retablillo* el *familión* de un militar que regresaba de Cuba. (*Corte*, VII, IV, p. 258.)

La presencia tan abundante del sufijo *-ill-*, en *El ruedo Ibérico*, permite descubrir ciertos usos no habituales en la lengua común, por la naturaleza fonética del lexema. Es el caso de *cirillos* —de *cirios*— (*Viva*, IV, XII, p. 295) o *jofainilla* (*Trueno*, XX, p. 125), donde la presencia próxima del sonido *-i-* en el lexema rechaza el diminutivo.

En frases hechas —aparecen en diálogos entre personajes populares— el diminutivo *-ill-* cumple una doble función: introducir una variante personal,

⁸ Sobre la tendencia de Valle a presentar a sus personajes formando grupo y el léxico empleado, véase mi «El personaje colectivo en *El ruedo ibérico*: expresión de «grupo», *Dicenda*, 4 (1985), pp. 123-131.

⁹ En los diálogos, *cadillo* aparece una vez en boca de Juana de Tito: «(...) Tengo de arriendo toda la tierra del mundo, para correrla del cabo al rabo con un *cadillo* de criaturas y un hombre que anda a las rastras.» (*Corte*, V, II, p. 164.)

aunque no original, que modifica ligeramente lo que es más común en la lengua normal y, por otra parte, Valle destaca el matiz afectivo que puede tener un sentido de simpatía hacia el interlocutor ¹⁰:

(...) Quiere usted echarse una *canilla* al aire? (*Viva*, V, VII, p. 201.)

Puede ofrecer también el sentido de desprecio-amenaza:

Charrán, voy a comerte los *higadillos*. (*Viva*, V, IX, p. 205.)

En diálogos, también entre personajes populares andaluces, el diminutivo *-ill-* puede producir formas homónimas, aunque manteniendo sus diferentes función y significado. En boca de Juana de Tito:

(...) *Horilla* el sobresalto está en si los tricornios le han zurrado el bandel a mi tuno. (*Corte*, VI, VII, p. 24.)

En boca de un gitano:

(...) la melecina que a esta *horilla* preciso (...). (*Visa*, V, XII, p. 212.)

Puede observarse, igualmente –aquí en pasajes narrativos– la misma forma con distinto significado y distinto comportamiento del sufijo *-ill-*. Ya ha alcanzado el grado máximo de lexicalización en *soplillo*, cuando aparece en

El gaditano colgó el *soplillo* con que avivaba la lumbre (...). (*Baza*, III, V, p. 60.)

Pero todavía actúa como diminutivo, cuando utiliza este mismo vocablo, en sentido figurado y muy peyorativo, en el siguiente texto:

los palaciegos, apagando las voces se reunían por los rincones, con alcahuetes *soplillos*. (*Viva*, VI, VII, p. 277.)

d) *El sufijo cambia de género a la palabra*. Finalmente, hay que destacar el cambio de género que el sufijo *-ill-* provoca en algunas palabras. Mervyn F. Lang señala que el cambio de género, con respecto a la palabra base, es más frecuente en aquellos sufijos que tienen menos productividad como *-ete-*, *-in-*, mientras que son más resistentes al cambio aquellos que tienen ma-

¹⁰ Es lo que A. Alonso, p. 169 y siguientes, llama actitud del diminutivo sobre el interlocutor.

por uso en la lengua normal como *-it-*, *-ill-*, *-uel-*¹¹. Valle, aquí, se aparta de la norma al utilizar el género de algunas palabras sufijadas por *-ill-*, que no se encuentran en el castellano común, resaltando así por su rareza. Hay cambio de género en *aldabillo*, *tacillo*, *toldilla* y muestra vacilación en *cortinilla/cortinillo*. Incluso en un mismo pasaje, y referido al mismo objeto, utiliza los dos géneros:

Levantó la *cortinilla* de la vidriera y miró al puerto (...) El marqués de Bradomín dejó caer el *cortinillo* sobre la verdosa vidriera. (*Viva*, IX, VIII, p. 428.)

Sufijo *-it-*

Es la forma del diminutivo que con más frecuencia aparece en los diálogos, sobre todo, cuando éstos se entablan entre personajes pertenecientes a un medio urbano. Por esta circunstancia podemos distinguir entre forma *-it-* en pasaje narrativo y forma *-it-* en diálogos, porque la función del diminutivo será distinta en ambas situaciones.

a) En pasajes narrativos el diminutivo *-it-* presenta un matiz afectivo dignificador, aunque se encuentre en un contexto degradador o caricaturesco:

(...) y el viejo gitano, en vanguardia, montaba la cruz de sus calzones en una yegua bien enjalmada, con alegre *caballito* al flanco. (*Viva*, V, XXXIII, p. 262.)

Tras los visillos el balcón era la jaula de la *cotorrita* policroma. (*Viva*, III, VIII, p. 104.)

Puede tener un valor descategorizador que rebaja al objeto¹²:

El *papelito* del suicida, corriendo rigurosamente todos los grados del escalafón policial, ascendió al gabinete Negro. (*Viva*, IV, XVI, p. 187.)

En ciertas palabras se observa una preferencia por el uso de este sufijo:

La azafata enjuga la tinta empanando su *pañolito* de encaje. (*Viva*, VI, XIV, p. 300.)

¹¹ M. F. Lang, pp. 136-137.

¹² Véase este valor rebajador de la categoría del objeto que puede aportar el sufijo *-it-* en A. Alonso, pp. 166-167.

(...) para acordarse le dio un nudo a su *pañolito* de encaje. (*Viva*, VIII, VI, p. 377.)

Los vio salir y se quedó abstraída, apoyado el *pañolito* sobre los ojos. (*Viva*, IX, VI, p. 423.)

El término *ramito* se ve frecuentemente asociado a *vieja-peinado-moño*:

La bruja, con *ramito* verde en el *moño* (...) (*Viva*, VII, II, p. 314.)

Le tomó por los andularios la pilonga del *ramito* en el *moñete*. (*Viva*, VII, V, p. 323.)

Aparecióse luego una *vieja* muy pulcra, de *ramito* en el *moño*. (*Baza*, V, XI, p. 205.)

Una sola vez aparece *ramito* en otro contexto, asociado a *muerte*:

(El zurdo Montoya, muerto) sobre el pecho cruzaba las manos con un *ramito* de oliva. (*Viva*, VII, XIII, p. 345.)

Un caso de ironía a través de la forma *-it-*, en pasaje narrativo, se descubre en «El Padre Claret le premió con una *estampita*» (*Viva*, VIII, VII, p. 381.) La ironía se desprende, no tanto por el propio diminutivo, como por las sugerencias que este término tiene como obsequio típico de personajes religiosos y por el mismo contexto: El Padre Claret premia la aplicación del Augusto Niño —es decir, del futuro Rey Alfonso XII—, aplicación en «palotes» y en temas «edificante-religiosos», con la connotada «estampita».

b) En los diálogos el sufijo *-it-* puede tener varios matices. Es frecuente observar un significado de modestia del objeto, no carente de cierta ironía¹³. En un texto próximo al comentado anteriormente, e interviniendo los mismos personajes:

El Padre Claret marcó un signo de cazurra aprobación:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! No estará de más alguna *preguntita...* y por delante mis parabienes al discípulo y al maestro. (*Viva*, VIII, VII, p. 379.)

En boca de Bonifaz:

—La Augusta, después de una escena de lágrimas, me ha ofrecido sus *alhajitas* para pignorarlas. (*Viva*, VIII, XIII, p. 398.)

¹³ Sobre el matiz irónico del sufijo *-it-* en la lengua común, véase Werner Beinhauer: *El español coloquial* (Madrid: Gredos, 1968), p. 240.

Puede tener una intención de complicidad, en boca de Doña Pepita Rúa:

—Si Vuestra Majestad me concediese su real licencia, yo le haría entrega de una *esquelita*. (*Viva*, V, XIII, p. 180.)

Matiz de ponderación: (...) Este servidor también es un *hombrecito*. (*Baza*, III, VI, p. 61); de afectación cariñosa: ¿Qué se trae usted con mi *maridito*? (*Baza*, V, V, p. 195).

La efectividad del diminutivo puede extenderse a toda la frase ¹⁴:

—(...) ¡En *todito* descubres la sangre que circula por tus venas. (*Viva*, IV, X, p. 171.)

Próximo a una cierta lexicalización aparece en dos casos. Como rasgo propio de un habla local, concretamente aquí se trata de un madrileñismo, *cafelito* ¹⁵, y en una frase hecha:

—¡Vuestra Majestad, se halla perfectamente enterada!

—Pues así, de todo cuanto ocurre por vuestras casas: Baja a contármelo un *pajarito* del cielo. (*Viva*, IV, VII, p. 165.)

En personajes de un medio rural aparece en pasajes con abundantes gitanismos:

—¡Dosta, compadre ¿Y del curelo, cierras las mirlas?

—Chamurallemos callicaste. *Horita* me najo, que me espera la lacha de una chaví. (*Viva*, V, XXIX, p. 252.)

Puede tratarse éste de un americanismo, cuya función aquí es la de aumentar el colorido y exotismo lingüístico que ya de por sí contiene el pasaje; o puede aparecer por la simple presencia de gitanos en el diálogo como en el siguiente pasaje:

—Venga su merced, padre *curita*! (...)

—Señor *capellancito* de mi vida, venga por esta mano (...). (*Viva*, VII, V, p. 323.)

Sufijo *-uel-*

Este diminutivo ha perdido fuerza creadora en la lengua común y queda reservado generalmente a palabras fijadas por el uso. Como otros diminuti-

¹⁴ Véase este valor del diminutivo en A. Alonso, pp. 168-169.

¹⁵ Sobre esta forma, véase E. Nánuez, «¿Un nuevo sufijo?», *Filología Moderna*. 19-20 (1965), pp. 251-253.

vos, puede tener un significado afectivo en su doble vertiente: meliorativo y despectivo ¹⁶. En Valle, como se verá en el comentario que sigue, es escaso este último significado, aunque consiga brillantes resultados cuando utiliza la carga peyorativa que puede aportar este sufijo. Es de destacar que nunca utiliza, en el *Ruedo*, la palabra *mujerzuela*, uno de los ejemplos tradicionalmente propuestos de los usos despectivos de *-uel-*.

Valle no pretende la revitalización de este formante. Suele seguir la norma general, siendo difícil encontrar construcciones originales. Coincide en la forma y en el contenido con el uso habitual en la lengua común. Aparece, preferentemente, en los pasajes narrativos y rara vez en los diálogos; cuando es así no tiene un valor distintivo local-regional, ni social. Puede estar en boca de una gitana:

—Pides tú para adobarte el *cascuelo*, más ingredientes que el postre de un canónigo. (*Corte*, VI, III, p. 232.)

o en boca de la mujer de un coronel:

(...) No puedo consentir que por estas *chicuelas* se sacrifique usted. (*Viva*, III, XIV, p. 116.)

En los pasajes narrativos aparece en formas ya lexicalizadas ¹⁷, escasas en la lengua común, lo que da al texto un tono arcaizante, que puede ser evocador de usos rurales como en *pellejuela* «bota de vino», o en *tejuelo* «piedra»:

[Don Luis Zamora] Disimulado con atavíos cortijeros, manta y retaco, aprovisionadas alforjas y *pellejuela* de mosto, una mañana de colores, llegó a Córdoba ¹⁸. (*Baza*, V, XVIII, p. 220.)

(En el esperpéntico entierro de la vieja cachicana, cuando van a pasar el cadáver por el río desbordado.)

Tiró un *tejuelo* amarrado al cabo de una piola. (*Corte*, VI, XVIII, p. 214.)

¹⁶ W. Beinhauer, p. 243 señala que, en la lengua coloquial, es más frecuente la función despectiva de *-uel-*, que la diminutiva. M. F. Lang, p. 145, destaca igualmente el valor despectivo de este sufijo en la lengua actual, aunque recuerda que, en ocasiones, adquiere un tono jocoso o afectivo.

¹⁷ M. F. Lang, p. 145, habla de la fuerte tendencia de *-uel-* a la lexicalización.

¹⁸ *pellejuela* aparece, también en ambientes rurales andaluces en *Corte*, VI, VII, p. 222 y *Viva*, V, XV, p. 220.

En otras ocasiones, la elección de la forma modificada por *-uel-* contribuye a acentuar el tono caricaturesco y degradador del contexto. Es el caso de *espejuelos* «lentes», siempre usado con este matiz. Obsérvese que en el texto que sigue, el sufijo *-uel-*, de *espejuelos*, aparece contrastado por el aumentativo/despectivo *-ón-*, de *bailones*, asegurando el sentido irónico y sarcástico que ya posee el pasaje.

Torre-Mellada, en el balcón, tenía un falso balido (...) con los *espejuelos bailones* en la punta de la nariz. (*Corte*, VIII, VIII, p. 299.)¹⁹

Más abundante es el matiz estético-valorativo que ofrece *-uel-* a ciertas palabras a las que el uso de la lengua ha sometido a un principio de lexicalización. Hay casi un tono poético en el empleo de *Plazuela* —siempre, *Plazuela del Congreso* (*Viva*, II, XXI, p. 87 y IV, I, p. 151)—; de *callejuela*, «*callejuelas moriscas*» (*Corte*, IX, XIV, p. 371); *portezuela* se refiere siempre a la del coche y se repite en numerosos pasajes. El mismo matiz meliorativo se descubre en *chicuelos*, usado en ambos géneros (*Viva*, III, XIV, p. 116; VII, XVIII, p. 359, etc.). Hay que destacar la forma *mozuela* por su reiterada presencia, particularmente para referirse a muchacha rural²⁰. Predomina en esa palabra el valor apreciativo/ensalzador —no carente, en ocasiones, de una ligera nota irónica—, de modo que es raro encontrar este vocablo en frases de contenido degradante. Por el contrario, puede localizarse en textos que podían pertenecer a la más bella prosa preciosista del Valle que escribió las *Sonatas*. Véase este ejemplo:

Explicó la *mozuela* con su bermejo reír. (*Corte*, III, VII, p. 117.)

La carga revalorizadora que aporta *-uel-* a esta palabra es tan firme que puede resistir el marco esperpentizador en que, raramente, se localiza, con lo que la palabra, y el pasaje mismo, gana en belleza y expresividad por el contraste:

La *mozuela* ríe toda pintada y vieja. (*Viva*, I, XIV, p. 26.)

Si en este mismo texto se sustituye *mozuela* por el positivo *moza* —«*La moza ríe toda pintada y vieja*»— la esperpentización resulta total.

Un caso semejante por la reiteración en el uso, pero de resultado totalmente diferente, es la forma *comadruela*. El autor consigue aquí un alto grado de creatividad para designar mujer popular, urbana o rural, siempre con un fuerte contenido peyorativo:

¹⁹ La palabra *espejuelos* aparece también en *Corte*, VIII, XVII, p. 327.

²⁰ Con menor frecuencia se refiere a muchacha urbana.

Por Jarón de San Blas, en los lejos, avizoran las dos disfrazadas *comadruelas*. (*Corte*, VI, V, p. 237.)

Salió apresurada, y detrás, las otras *comadruelas*. (*Trueno*, XVI, p. 95.)²¹

Sufijo *-ic-*

De uso poco frecuente, se presenta sólo en cuatro casos y siempre con un tono local, tanto en diálogos como en pasajes narrativos, cuando la acción se desarrolla en un marco andaluz popular.

a) En pasajes narrativos:

En Castril de las Cuevas la herradura, el cuerno, el espejillo rajado, los azabaches y corales de la gigas, el *santico bendico*, con ataduras y por los pies ajorcado, son los mejores influjos para torcer y mejorar los destinos del castigado Errate. (*Corte*, VI, II, p. 224.)

Otra comadre entremetíase con un *jarrico* de Andújar. (*Viva*, VII, V, p. 323.)

Pañolico aparece en dos textos (*Viva*, V, XIX, p. 228 y *Viva*, V, XXIII, p. 241), siempre referido al mismo personaje: la sobrina del Vicario de los Verdes.

b) En diálogo y en boca de una gitana:

—¡Cuerpo de tal! Tenga su merced *quietica* la mano que llevo huesos en la cintura. (*Viva*, V, XVII, p. 224.)

Sufijo *-ete-*

Valle demuestra un gusto especial por este sufijo. Aunque con distintas funciones, usos y significados, es el más utilizado, junto con el sufijo *-ill-*, ya que *-ete-* le sirve como instrumento en uno de los rasgos más peculiares de la técnica esperpentizadora: la degradación, la ridicularización, la desvalorización de personas, animales y cosas. Valle utiliza la capacidad intensamente despectiva de esta forma, acentuada por el carácter de diminutivo que, a la vez, expresa. Aunque el sufijo *-ete-* pueda mostrar también un matiz cariñoso o cariñoso-burlón²², en la mayoría de los casos, en *El ruedo*, la expresión de

²¹ En el primer texto la acción se localiza en la Andalucía rural y en el segundo, en Madrid.

²² F. Lázaro Mora, «Los derivados sustantivos con *-ete/-etaw*», estudia detenidamente los distintos valores de estos sufijos. También M. F. Lang, p. 144, se refiere al comportamiento de este sufijo.

desprecio resulta más evidente con *-ete-* que con cualquiera de los sufijos considerados como plenamente despectivos.

No es frecuente encontrar la forma *-ete-* como sufijo vivo en la lengua común. Por el contrario, se repite en palabras fijas como *regordete*, *vejete*, *pobrete*, o, cuando ya han alcanzado una total lexicalización, como *anisete*, *colorete*, etc.²³ Valle, sin embargo, prodiga su utilización y consigue revitalizarlo al formar construcciones no habituales en la lengua habitual. Aparece, sobre todo, en sustantivos o adjetivos sustantivados y, menos, en adjetivos, aunque es aquí —en adjetivos— donde el valor despectivo/ridiculizador de *-ete-* resulta más eficaz en sus resultados:

El Señor Cabo de los Civiles era un arrugadillo de pellejos autoritarios, marcial y *jaquete*, (...) (*Viva*, V, XX, p. 229.)²⁴

Pero, también, en su forma más habitual, con sustantivos y adjetivos sustantivados, se convierte en uno de los instrumentos esperpentizadores de mayor eficacia, cuando se refiere a personas: el *vejete*, palabra que se puede considerar «clave» en *El ruedo ibérico*, por la frecuencia con que aparece; *gallette*, *gallette petulante*, que, por lo general se aplica a Adolfo Bonifaz; su variante *pollete*, referida, también con frecuencia al mismo personaje que tantas veces aparece denominado como *El Pollo Real*; *mocete*, utilizado sin el matiz cariñoso que puede tener en la lengua coloquial (Vid. *Viva*, III, XXIII, p. 141); *pillete*, con el mismo significado; *pobrete* aparece sólo en los diálogos, tal vez para evitar el matiz de compasión que podría ofrecer en un pasaje narrativo. Con este tono compasivo, unido a un matiz de modestia, lo encontramos en un diálogo:

—Asómate por allí, que puede haber changa.
—¡A qué otra está un *pobrete*, padrino. (*Viva*, III, XII, p. 113.)

Aparece también en palabras que se refieren a partes del cuerpo humano, como *morrete*, siempre con un claro matiz despectivo. Se repite en varias ocasiones, para expresar gesto, en *pucherete*:

La Señora tenía en la boca un *pucherete* de desconsuelo (...) (*Corte*, IX, III, p. 346.)

²³ Véanse las numerosas lexicalizaciones de este sufijo en F. Lázaro Mora: «Derivados sustantivos con *-ete/-etø*», pp. 491-494.

²⁴ Obsérvese, una vez más, la combinación de sufijos, aquí *-illo*, de *arrugadillo* y *-ete*, de *jaquete*.

En el cortejo fúnebre de Narvác:

(...) y tras el último *pucherete* retórico, renovóse el flato de añejas conjuras que tenían por patrono al Rey Consorte. (*Corte*, IX, XIV, p. 372.)

Igualmente, es frecuente en nombres que se refieren a animales: *perrete*, *torete*, *asnete*.

Pero, donde el autor casi llega a conseguir una creación lingüística a través del sufijo, por la rareza del uso, es cuando aplica *-ete-* a nombres de objetos, generamente en pasajes narrativos ²⁵:

(...) asentóse frente al tocador, *altarete* lleno de lilailos en el gusto de los retablos monjiles. (*Corte*, IX, V, p. 352.)

(La Reina) luce sus opulentas mantecas, (...) bajo el *doselete* de la Presidencia. (*Viva*, IV, IV, p. 155.)

(...) al carricoche pintado de azul con *toldete* de remiendos. (*Viva*, III, XX, p. 130.)

Salió un mozo (...) con zorros y *mandilete*. (*Viva*, VIII, IV, p. 321.)

Sobre mesillas con *mantelete*, roscos y licores. (*Viva*, VII, IX, p. 335.)

Se repiten en varios pasajes *baulete*, *farolete*, *vasete*, *sombrerete*. Igualmente aparece repetido *cuartelete*, referido siempre al cuartel de la Guardia Civil.

Asimismo, se observa *-ete-* en palabras más habituales en la lengua común como *pañolete*, *arete*, *gorrete*, *rodete*, *moñete*. El gusto de Valle por este sufijo se demuestra también en la frecuente repetición de palabras, donde el sufijo está ya lexicalizado: *taburete*, *tenderete*, *soniquete*, *colorete*.

Un caso especial es el de *ramillete*, donde el sufijo *-ete* no expresa ningún matiz despectivo, pero, Valle, en su habitual línea de actuación, le da un matiz irónico, provocado por el contexto, lo que supone la anulación del valor afectivo positivo que normalmente la palabra posee:

Pompeyo, con un ademán, abarcó el *ramillete de las niñas coronelas*. (*Viva*, III, XIV, p. 116.)

Sufijo *-eta*

Expresa en menor grado el matiz despectivo que la forma *-ete*. Ésta es la razón por la que dedico a este sufijo un apartado independiente, sin tener en consideración la relación masculino-femenino que puedan mantener *-ete/-*

²⁵ De modo aislado aparece en algún diálogo. En boca de un gitano: «(...) Te llevas un *rosarete* de gusto (...)» (*Viva*, III, XX, p. 132).

eta. Coincide con *-ete* en que Valle revitaliza este formante, poco frecuente como sufijo vivo en la lengua común. Igualmente, en ocasiones, presenta un carácter de desvalorización del objeto, concepto o cualidad a que se refiere el lexema, carácter muy acusado en algunos usos: *regordetas*, adjetivo aplicado siempre a las manos de la Reina; en algunos sustantivos que se relacionan semánticamente como *chufleta*, *burleta* o el lexicalizado *jugarreta*, términos todos que se repiten frecuentemente. Semejante intencionalidad despectiva se localiza cuando el contexto contiene ya —a través de distintos procedimientos— una marcada nota caricaturesca:

El Rey Don Francisco, a su modo, arrogantizó la figura, sacando un cuarto de *anqueta*. (*Viva*, IV, X, p. 171.)

Pero, en la mayoría de los usos, *-eta* presenta más acusado el valor de diminutivo, aunque siempre conservará un matiz despectivo, sobre todo si lo comparamos con otros diminutivos como *-it-*, *-ill-*, *-ic-*...:

Espantó al gato, dormido en la *silleta* (...) (*Trueno*, XIX, p. 118.)

Sobre su cara fúnebre la *borleta* del gorro de cuartel hacía cabriolas. (*Baza*, II, II, p. 31.)

(...) la *roseta* en el ojal del fraque (...) (*Viva*, II, IV, p. 39.)

Hay palabras, modificadas por *-eta*, que se repiten insistentemente a lo largo de las novelas de *El ruedo*, como *saleta*, siempre con el mismo significado de «sala pequeña». *Faldeta* aparece en varios textos y se puede referir a distintos objetos:

Alumbraba en la sigilosa tienda una lámpara de *faldetas* verdes. (*Baza*, V, XIV, p. 211.)

Se limpió las manos en la *faldeta* del mandil. (*Baza*, III, V, p. 60.)

La misma variedad de significados expresa *pileta*. En un diálogo:

¿Por qué no hay agua bendita en la *pileta*? (*Corte*, VIII, XVIII, p. 331.)

En un pasaje narrativo:

El Barón de Bonifaz tenía delante *piletas* de oro, fichas y billeteaje. (*Viva*, II, XIII, p. 67.)

También es muy frecuente este sufijo en realizaciones ya lexicalizadas: *chamarreta*, *calcetas*, *losetas*, *caleta* «playa pequeña», *pañoleta*, siempre con un sentido revalorizador: «*pañoleta de encajes*» (*Viva*, V, XIV, p. 216), etc.

Sufijo *-in*

Valle muestra una especial atracción por este sufijo, como se deduce del abundante uso que hace de él, generalmente en construcciones que destacan por su originalidad, sin apartarse de la norma de la lengua común. Lo más característico de este sufijo en *El ruedo ibérico* —y lo que contribuye, en mayor medida, a la brillantez de los resultados— es el cambio de género, rango extensible al castellano general, cuando el sufijo *-in* modifica a sustantivos ²⁶. No importa que la base tenga género masculino o femenino, la palabra sufijada adoptará siempre el género masculino, por lo que debemos hablar únicamente del sufijo *-in*. Sólo hay un caso en que aparece la forma femenina *-ina* y es, asimismo, el único caso en que este sufijo adquiere una función ambiental, sin connotaciones peyorativas, al querer acentuar el sello rural de los personajes. En la estación de Alcázar de San Juan, al contemplar la llegada de un militar de Cuba con el exotismo de su familia, servidumbre y equipaje:

Mocinas, abuelas y zagalones, se anonadaban en la verde maravilla de los loros y en el escándalo con que fumaba la mujer morena. (*Corte*, VII, IV, p. 259.) ²⁷

En el resto de los casos hay que distinguir, por un lado, la presencia muy abundante de vocablos, de habitual uso en el castellano, que tienen un claro matiz peyorativo como *colorín*, *chisterín*, *flautín* —para referirse a la voz de un personaje— *guitarrín*, etc., junto a otros, igualmente muy numerosos, donde el sufijo está plenamente lexicalizado y ha perdido el significado despectivo: *alfombrín*, *bailarín*, *calesín*, *corbatín*, *festín*, *maletín*, *parvulín*, etc.

Pero, donde Valle nos muestra su habilidad en el empleo del lenguaje con un estilo personal y creativo, es cuando *-in* aparece en construcciones que resaltan por su rareza en la lengua común. Se trata de sustantivos, en los que el significado de aminoración está superado por el matiz desvalorizador y rebajador del objeto. Presento, a continuación, una selección de los muchos ejemplos que se pueden localizar:

Por el fondo lucía el *estrellín* de un pringoso faroleta (...) (*Baza*, II, VII, p. 46.)
(...) entornada la hoja, miró por el *rendijín*. (*Viva*, VIII, XII, p. 395.)

²⁶ Sobre el cambio de género en los diminutivos, véase M. F. Lang, p. 136.

²⁷ Estamos ante otro caso de contraste de sufijos: *-ina*, de *mocinas* y *-ón*, de *zagalones*.

(...) Aquel verdigualda *cotorrín* antillano. (*Aires Nacionales*, Cap. I de *Corte*, VIII, p. 22.)

Un verde *galerín*, con la jaula de la cotorra, recogía las luces llorosas del alba. (*Baza*, II, VIII, p. 48.)

(...) los guió hasta un *alcobín* claro (...) (*Viva*, VII, IV, p. 321.)

Sobre la querencia del pesebre, apresurábase con *relinchines*, el cuartago de Tío Juanes. (*Corte*, V, XII, p. 193.)

En otros pasajes el sufijo *-in* aporta un indudable valor despectivo y burlesco, coherente con el tono degradador del contexto:

Atizonado bajo el *levitín* de preceptor con lamparillas, soslayaba la muda advertencia del edecán. (*Viva*, IX, XI, p. 439.)

Revolotearon por el pasillo tacones, faldas, vocingles y *chuchurri-nes*. (*Viva*, III, XIV, p. 117.)

El Cabo de Polizontes levantaba el bastón con los *borlines* de su cargo, y abría plaza sacando el *pecherín* de botones dorados. (*Viva*, VII, V, p. 323.)

En nieblas de tabaco agrandaba sus picos sobre la pared la sombra de un gorro de cuartel y hacía cabriolas el *borlanchín*. (*Viva*, V, XXX, p. 257.)

Sufijo *-uc-*

Valle hace poco uso de este sufijo, en el que predomina el significado despectivo, particularmente en *frailuco* (*Corte*, I, IX, p. 31 y *Viva*, VIII, IV, p. 369) y en *mujeruca*, palabra que aparece ocasionalmente en todas las novelas de *El Ruedo Ibérico*, siempre para referirse a mujer popular de un medio rural.

Tiene un matiz diminutivo-despectivo *ventanuco* (*Viva*, III, XV, p. 119) y *casuca*:

Recayeron a un campillo con tres *casucas* arrugadas, (...) (*Corte*, VI, III, p. 228.)

Diminutivo en nombre de persona

Los nombres de los personajes aparecen con gran frecuencia caracterizados por el diminutivo. En este uso se pueden advertir varios matices: familiaridad, tono local, ridiculización del personaje, ironía. La forma más utilizada es *-it-*, seguida de *-ill-* y otras como *-in-*, *-ete-*, *-on-*.

Es de destacar la aplicación de los sufijos *-it-*, *-in-* a nombres de personajes que pertenecen a un medio urbano, reservando el sufijo *-ill-* para modificar el

nombre de personajes que habitan en un medio rural. Puede entenderse como un andalucismo, por cuanto que en *El Ruedo Ibérico* el medio rural está localizado en Andalucía. Así observamos este sufijo en el nombre de cortijeros, caballistas, gitanos, etc.

Sufijo *-it-*

Es una constante en *Adolfito Bonifaz*, *Teresita Ozores*, *Pepita Rúa* —o la *Doña Pepita Rúa* (camarera de la Reina)— el ciego *Don Felipito*, *Don Aciscrito* (enfermo del hospital, en *Viva mi Dueño*), etc. En títulos de nobleza: el *Duquesito de Ordax*.

De forma ocasional, aunque muy frecuente, aparece este sufijo en *Doña Baldomerita (Baza)*; *Dolorcitas Chamorro (Corte)*; de forma cariñosa el Rey Consorte llama *Isabelita* a la Reina; Torre-Mellada en ocasiones melodramáticas —o simplemente teatrales— llama a su mujer *Carolinita* y a su cuñado el Marqués de Redín, *Fernandito*, cuando adopta un tono confidencial o de súplica. El Pollo de los Brillantes (*Baza y Trueno*), de vez en cuando, se convierte en *Don Joselito Cartagena*, etc.

La ridiculización de un personaje llega al máximo cuando al Rey Consorte, en una copla popular, lo llaman *Paquito Natillas* (*Corte*, IX, VIII, p. 359).

En dos ocasiones aparece el diminutivo *-it-* en nombres de santo, ambos en pasajes narrativos, aunque Valle intenta recoger el sentido lingüístico popular, puesto que los dos pasajes se localizan en zonas andaluzas:

(...) celebró tío Solano, Santero de *San Blasito*. (*Corte*, VI, V, p. 329.)²⁸

Un *San Roquito* de gubia popular, tutela los alfajores de tal tenderete. (*Viva*, VII, IX, p. 335.)

Sufijo *-ill-*

Como ya he adelantado, es muy frecuente en nombres de personajes populares. Con excepción de la *Tía Melonilla*, *Bernaldillo* (constantes) y *Juanillo Caballero* (variante de *Juan el Cantaor*), el resto aparece en los diálogos, por lo que pueden considerarse como formas familiares: *Currillo*, el *señor Blasillo* —como aparece en boca de la Marquesa Carolina (*Viva*, VIII, XI, p. 394) refiriéndose a *el Tío Blas de Juanes* o *el Tío Juanes*—, *Juanilla* (Juana de Tito), *Joselillo*, etc.

Sufijo *-in/ -ino / -ina*

Es una constante en *Pepín Río-Hermoso*, *Leopoldina la Coronela*, *Lorencino*. De manera ocasional, y sólo en los diálogos, el Marqués de Torre-Mellada es

²⁸ Aparece también como topónimo: «*Campillo de San Blasito*». (*Corte*, VI, VII, p. 240.)

llamado por sus íntimos *Jeromín*. El mismo Torre-Mellada llama *Pilín* a la Duquesa de Santa Fe (*Corte*, I, IX, p. 30). Un caso especial es el personaje *Don Olegario Botella*. Cuando el diminutivo está presente en el apellido, la ridiculización del personaje es total. El texto es revelador:

Don Olegario Botella, que los ingeniosos de la redacción llamaban alternativamente, *Don Ole Botellín*, *Don Botellín* y *Don Ole*. (*Viva*, VII, II, p. 314.)

Sufijo *-ete-*

Aparece, con menor frecuencia que los anteriores, en nombres de personajes: *Toñete* (el criado de Torre-Mellada), *Currete* (un torero) alterna con *Currillo*; *el Tío Ronquete*. En estos casos el diminutivo *-ete* parece excluir el matiz despectivo que con frecuencia soporta, por el contrario expresa un matiz afectivo. No es éste el significado que aparece en *Don Lope Calderete* (diversos pasajes de *Viva*), donde es clara la intención despectiva de Valle al utilizar este sufijo para ridiculizar en el nombre de este personaje —un prosaico y vulgar posadero, sangrador y albéitar, de Solana del Maestre— el gran teatro clásico nacional, con la clara referencia a sus dos máximos representantes: Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Como conclusión, quiero insistir en la idea ya adelantada al comienzo de este estudio: Valle es un autor capaz de dominar todos los resortes del lenguaje y de mostrarse, también a través de ellos, como el demiurgo que maneja, con su estilo personal, no sólo a sus criaturas literarias, sino, incluso, los elementos más funcionales de la lengua como pueden ser los diminutivos.